ANAQUEL

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, EN SU CENTENARIO

Por Francisco MONTERDE

I

EL DÍA 22 DEL ACTUAL mes de diciembre se ajusta un siglo desde la fecha en que vino al mundo, en esta ciudad de México, Manuel Gutiérrez Nájera quien llegaría a ser —poeta y prosista— el escritor más admirado aquí, en su tiempo.

Con diversos actos públicos y algunos certámenes literarios en torno a su vida y su obra, ha querido conmemorarse la fecha inicial de la existencia de Gutiérrez Nájera, cuyo ocaso llegó inesperadamente, en plenitud creadora, el 3 de febrero de 1895.

Como adecuado preludio para la celebración del centenario de ese natalicio, la Universidad Nacional Autónoma de México organizó acertadamente una exposición documental, integrada con originales, fotografías y libros, de preferencia.

La exposición quedó instalada en la que fue capilla del Tercer Orden de San Agustín, antes de convertirse en salón de lectura provisional de la Biblioteca Nacional de México y, más tarde, biblioteca nocturna del mismo instituto, para ser de nuevo, ahora, salón de lectura mientras el definitivo se termina.

Allí, en el ángulo del fondo a la derecha del salón, cerca de la dirección de la Biblioteca, han podido exhibirse las sesenta y cuatro piezas que componen el conjunto, al amparo de tres vitrinas cuyos cristales impiden que dedos ávidos las palpen.

En tal sitio, el lugar más adecuado para ese fin, permanecerá abierta al público la exposición documental organizada en homenaje a la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera, desde la última semana de noviembre anterior hasta la tercera del mes en curso.

En torno a esas vitrinas, colocadas fuera del tránsito de los lectores habituales, se reunieron diariamente, a lo largo del mes, curiosos atraídos por la exhibición y visitantes que van a contemplarla con detenimiento.

Allí está, ante sus ojos, ese lote de manuscritos, de tomos impresos a fines del siglo XIX, de reproducciones fotográficas, de objetos que, en su mayor parte, pertenecieron al mismo escritor y que han conservado parientes y amigos.

Fueron éstos, movidos por el entusiasmo y la tesonera voluntad organizadora, quienes lograron convencer a los allegados y devotos de Manuel Gutiérrez Nájera, para que se desprendieran temporalmente de aquéllos.

Lectores que se han mantenido fieles a la obra del exquisito poeta y prosista —precursor indiscutible, entre nosotros, del movimiento modernista que agrupó, en las páginas de *Revista Azul*, nombres señeros en el continente y en Europa alientan otras ambiciones.

Aspiran esos devotos admiradores de los escritos de Gutiérrez Nájera —a quienes se podría agrupar en una sociedad amistosa, núcleo de la asociación futura— a que se constituya en el porvenir un museo del escritor, como los que en otros países recuerdan a figuras prominentes.

Para formar la base de ese museo —que podría ser el punto de partida de un posible museo de escritores mexicanos—, sería preciso rescatar, de donde permanecen olvidados, libros y objetos que fueron del Duque Job, como el bastón que lo acompañaba en sus paseos por la calle de Plateros.

Gutiérrez Nájera por Elvira Gascón

II

En una vitrina de esa exposición del centenario, desfallecen marchitos los guantes de gamuza café que, en vida del poeta, fueron inseparables del bastón con puño de oro: el roce del metal dejó su huella en la piel, entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

Testigos de su incesante labor de periodista, que Gutiérrez Nájera inició casi en la adolescencia, están allí, los retratos de la galería familiar, en los cuales el sepia intenso ha ido tornándose amarillo tenue.

La pluma, el modesto, desgastado manguillo que iba y venía, en su mano, del tintero de cristal erguido junto a una diminuta Torre Eiffel, a las cuartillas; el secante que apoyaba en ellas, balanceándolo —conserva la rúbrica invertida—; el sello de goma, con el nombre que las ilustraba, y el limpia-plumas de paño bordado, con la paloma en reposo testimonio de amor conyugal, completan el lote de las intimidades, con el pavonado reloj de bolsillo, el *carnet* de diputado, el cenicero, la plegadera de marfil y unos cuantos libros dedicados al poeta.

Entre los manuscritos de Gutiérrez Nájera, sólo conocidos antes por unas cuantas personas, quedan allí expuestas las páginas que revelan aspectos ignorados, afectivos, como las cartas de familia y los versos del noviazgo del poeta con la que fue esposa y madre de sus dos hijas: Cecilia Maillefert.

Cartas y tarjetas, con saludos y participaciones, dirigidas a parientes y personas de su amistad, servirán a los biógrafos de mañana para integrar la semblanza del hombre, a quien sólo se ha visto hasta ahora, exteriormente o a través de las poesías publicadas.

Entre las cartas, además de las familiares —que sin duda incitarán a quienes guarden algunas otras a darlas a conocer igualmente— se hallan aquella que no llegó a terminar, destinada a José Martí, entonces en los Estados Unidos, y la que acompañó el envío de la poesía "Non omnis moriar", al devolver el álbum de Lupe Rubalcaba.

Hasta ahora, en ocasión del centenario del nacimiento de Manuel Gutiérrez Nájera, se ha expuesto, entre otros autógrafos, tres de los que encabeza la indicación "Para tu libro"; los que principian, respectivamente: "Cuando por fin cumpliendo mi albedrío", "Para tus rizos son estas flores" y "Cuando a mi lecho por la vez primera".

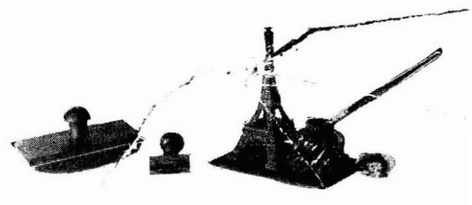
A esas tres composiciones, guardadas por las hijas del poeta, Cecilia y Margarita, se unieron al exhibirse en la Biblioteca Nacional, otros versos íntimos que conservaron allegados y amigos como Aurelio Horta.

Son aquellas estrofas y fragmentos de poesías que comienzan: "Tomé los pensamientos que más amo", "Volad ¡oh pensamientos de ventura!", "No me olviden pequeñitos", "Como esas niñas que en Noche Buena" y "Al volver la primavera".

Como dedicatoria a Aurelio Horta, en el ejemplar de *Cuentos frágiles* —con el que iniciaba, con el impresor Dublán, la realización del proyecto de la "Biblioteca Honrada", escribió Gutiérrez Nájera tres cuartetas que explicarán el incisivo ingenio de quien supo heredarlo:

Aurelio, estoy en mi afelio:
El libro me cuesta caro,
Y si anda el público avaro
Pierdo los cuartos, Aurelio.

El caso es grave, ya ves;
Yo gasto en muchas niñadas
Y me fumo, cada vez,
Cien "Bibliotecas Honradas".

Si hay corresponsales ágiles
Y tú me pones piropos,
Tal vez con "Tipos y topos"
Se paguen los "Cuentos frágiles".

Tal dedicatoria en verso, firmada sólo con los dos apellidos del poeta: Gutiérrez Nájera, lleva al pie del original, que posee Manuel Horta, la fecha en que fue escrita: 2 de agosto de 1883.